

La recuperación y recreación del pasado (Aplicación de las nuevas tecnologías en el Patrimonio Histórico dañado o desaparecido)

Victoria Quirosa García/ Lucía Gómez Robles

Correo electrónico: victoriaquirosa@gmail.com / luciagomezrobles@gmail.com

Institución: Universidad de Granada

Mesa: Memoria y Tecnoarte

A lo largo de los siglos, las vicisitudes del tiempo hacen cambiar, algunas veces, y desaparecer, otras, la mayor parte del legado que la Historia nos deja. Esos cambios, sin embargo, suponen reescrituras de ideas, de gustos y de convicciones que en conjunto recogen las esencias de cada momento histórico. Los destinatarios y usufructuarios de este legado son los habitantes de los lugares que lo poseen y por ello desde fechas tempranas se intentó en cierto modo protegerlo y crear mecanismos que contribuyeran a prolongar la vida de estos bienes culturales en los que el pueblo se identificaba desde un punto de vista político, cultural, social, etc. El nacimiento de la conciencia tutelar no fue un proceso homogéneo. Durante el Renacimiento, en Europa, se fue produciendo un paulatino acercamiento al pasado histórico que partía de los descubrimientos fortuitos o del incipiente auge del coleccionismo por parte de las minorías cultas de cada país, si bien, será en el siglo XVIII cuando esta tendencia se generalice con la aparición de los primeros textos legislativos de protección de dichos hallazgos. El nacimiento de estas nuevas y modernas políticas culturales será decisivo en la creación de los primeros inventarios y en la apertura pública de los Museos. Los conceptos comunes serían: el establecimiento de la antigüedad y antigüedades como delimitación histórica en la génesis de la conciencia tutelar y la creación de medidas de protección parciales por parte de la minoría culta en ámbitos político- eclesiásticos. También encontramos características propias que definen estos primeros siglos de la tutela en los que, sin duda, la propia situación histórica y política del momento condicionarían el desarrollo de una protección singular con la sacralización del patrimonio como principal medida de protección (observamos medidas de este tipo en fechas muy tempranas como la creación de iglesias y *martiriae* en lugares como el Coliseo, el auge de las peregrinaciones, etc.) y la territorialización de la tutela.

Desde un punto de vista más práctico se optó también por “restaurar” de un modo físico los propios bienes culturales. Al enfrentarnos a la restauración de los edificios históricos encontramos, muy a menudo, palimpsestos difíciles de leer. Algunos de los ejemplos insignes de nuestro Patrimonio Histórico son excelentes ejemplos de ello. Podríamos mencionar la Aljafería de Zaragoza que heredamos de Iñiguez, en la que el arquitecto tuvo que conjugar los restos de la época taifa con las alteraciones mudéjares de los reyes aragoneses, las de los Reyes Católicos, la fortificación de XVII y la conversión en cuartel. En ella Iñiguez trató de armonizar los aspectos arquitectónicos, tipológicos e históricos en una intervención que conserva parte de todas las fases sin llegar a contener completamente ninguna. Antes que él, Torres Balbás interpretaba también las alteraciones sufridas por los palacios de la Alhambra tratando de no cancelar ninguna de sus etapas. De especial complejidad resulta el *Mexuar*, por ejemplo, que busca sugerir a la vez la capilla cristiana de los Reyes Católicos y la *qubba* nazarí manteniendo elementos de ambas e insinuando ambos espacios al observador atento.

Otras veces sin embargo, las herencias del pasado, tras superar centurias de sucesos caen en un instante por la acción humana o los desastres naturales. Podemos recordar el puente de Mostar destruido durante el conflicto étnico en la antigua Yugoslavia que ha sido recientemente reconstruido (2002-2004) supervisado por la UNESCO y el ICE. Otros muchos edificios históricos han sucumbido en los conflictos bélicos del siglo XX. Especialmente dramático, por ejemplo, es el caso de Dresde con los bombardeos del 13 y 14 de febrero de 1945 que devastaron la ciudad y muchos de sus monumentos como la Ópera de *Semper* o la *Frauenkirche* que ha sido también reconstruida y ha abierto de nuevo sus puertas en 2005. Todas estas reconstrucciones realizadas bajo circunstancias extremas por la pérdida instantánea de algunos de los símbolos de identidad de los pueblos son indiscutibles pero no dejan de volver a poner sobre la mesa el delicado problema de la reconstrucción en un mundo en el que la restauración (que no la rehabilitación) ha optado por la conservación y la mínima intervención.

Independientemente del discurso de la restauración física, que supondría una reflexión diferente, nos encontramos en un momento en el que se abren nuevas oportunidades para resolver parte del problema. Al menos para resolver la cuestión de la comprensión del público y de la transmisión de las interpretaciones sin necesidad de intervenir sobre el bien en sí o descontextualizarlo apostando más por su seguridad a través de su depósito en Museos. La evolución de la tutela y la conservación de nuestro Patrimonio Histórico pasa forzosamente por la creación de nuevos instrumentos que las garanticen y que ofrezcan una interacción más amplia con el bien cultural, pensemos por ejemplos en lo que lo ya realizado en algunos yacimientos arqueológicos, lo que ha venido a conformar la musealización del territorio.

Nuestro mundo evoluciona cada vez más hacia la imagen y los nuevos discursos ya son visuales y no artísticos o históricos. La historia del Arte ya se estudia desde el punto de vista de los estudios visuales, entre otros, e Internet se ha convertido en tres décadas en el medio de intercambio de información más potente. El observador de hoy es completamente distinto, de atención dispersa (como bien apuntó *Walter Benjamin*), habituado a las formas de comunicación de la imagen y especialmente apto para interactuar con el cine y la informática. Y si el arte actual cambia para adaptarse a este nuevo público también el arte “viejo” tendrá que adaptarse para mostrarse a sí mismo y explicarse, incluso mejor de lo que antes lo hacía, gracias a las nuevas posibilidades. *Paul Reilly* en 1990, en su “*Towards a virtual archaeology*” abrió el camino a la realización de modelos virtuales históricos. Se trata por tanto de un mundo muy reciente y que aún anda en pañales intentando definir las pautas por las que regirse.

Así pues, las reconstrucciones virtuales nacieron de la mano de la arqueología. Los primeros modelos fueron muy sencillos, fundamentalmente cuerpos que trataban de explicar las volumetrías originales de los sitios arqueológicos. De alguna manera trataban de sustituir las costosas maquetas manuales y mejorar las posibilidades de los dibujos en perspectiva que intentaban definir los espacios en ruinas recomponiendo incluso parte de la decoración. Frente a estos dos sistemas, la alternativa infográfica presentaba dos ventajas considerables. Por un lado la maqueta virtual permitía introducir cambios según la evolución de los estudios y demostraba que las interpretaciones eran erróneas. Por otro, una vez construida la maqueta virtual, se podían obtener infinitos puntos de vista que ayudaran a entender la construcción. A partir de ese momento la precisión de los modelos empezó a depender del avance de la tecnología y su capacidad para soportar maquetas pesadas con mucha información. Pronto se pudieron incluir texturas que cualificaran las superficies que dejaron de ser simples volúmenes para volverse más comprensibles.

Pero por otra parte, el gran problema de los modelos virtuales es precisamente la facilidad con la que pueden ser ejecutados. La verdadera dificultad radica en la investigación previa para la interpretación, investigación que, en muchas ocasiones, no se publica junto con las imágenes, lo que permitiría contrastar la hipótesis con los datos. Pero realizado con rigor e interdisciplinaridad el modelo virtual permite mejorar el entendimiento de los edificios históricos tanto para el público en general como para los especialistas. El Historiador del Arte forma parte de este equipo y debe adaptarse para sumar nuevas líneas a las ya tradicionales de su campo. De su informe y colaboración con los especialistas en construcción histórica dependerá la labor del modelado virtual. Su trabajo en este campo es fundamental frente a los modelados no científicos que se realizan de forma íntegra por informáticos y que carecen en gran parte del rigor que presentan los realizados de forma interdisciplinar.

Las aplicaciones son múltiples. El modelo virtual ofrece, por ejemplo, la posibilidad de desenlazar las distintas etapas de una construcción separando las partes pertenecientes a cada una de las fases y completando los elementos que faltan a través del estudio de los propios restos en el edificio, los documentos y los paralelos contemporáneos. De ese modo se complementa la restauración con una descripción visual y por separado de cada uno de sus momentos históricos.

Y en el caso ya citado de los restos arqueológicos permite restituir, de forma virtual, el estado original del edificio, independientemente de la intervención que sobre éste se realice. El Maristán nazarí de Granada, por ejemplo, un edificio del siglo XIV en estado de ruina arqueológica cuyo futuro es aún incierto fue objeto de una restitución virtual en el año 2000. Del edificio sólo quedan los cimientos y el arranque de parte de los muros, así como un pequeño fragmento de crujía en la zona sur que incluye todos los elementos fundamentales del edificio: las pilastras, los forjados y las zapatas. Con dichos elementos, con las representaciones de su puerta de acceso, hoy perdida, y su paralelo más cercano, el Corral del Carbón una alhóndiga del siglo XIV, la antigua *Al-Funduq al-Gidida* (Alhóndiga Nueva), fue posible recuperar “virtualmente” el edificio original.

Obviamente la restitución virtual no puede sustituir la restauración física, pero sí puede complementarla y, a menudo, explicarla mucho más claramente y del modo más propio de nuestro tiempo. Y admite además opciones imposibles para la restauración física. Con el avance de la tecnología ya es posible incluso recuperar ciudades completas mostrando al público lo que fueron, permitiéndoles pasear por ellas y redescubrir las, tanto aquellas que desaparecieron tras el abandono de sus moradores como las que subyacen bajo las ciudades actuales víctimas de fuegos, guerras o, simplemente, del tiempo. Muchos de nuestros centros históricos sobrevivieron durante varios siglos sin apenas cambios y el siglo XX los alteró radicalmente hasta convertirlos en espacios completamente distintos. La ciudad de Guadix, por ejemplo, perdió su casco medieval durante la guerra civil española y tras ella una nueva trama borró de un soplo ocho siglos de historia urbana. Hoy, gracias a los documentos gráficos y literarios se ha podido recuperar parte de ese legado, de forma virtual.

Las posibilidades son enormes y se multiplican por momentos a la vez que crecen las posibilidades de los ordenadores, pero sobre todo, permiten acercarse a la sociedad del siglo XXI de un modo que le es familiar. Si el museo era el lugar en el que se deleitaba el hombre del siglo XIX nuestra época debe encontrar su propio lugar de expresión porque sólo en consonancia con la sociedad podrá ser salvada la herencia del pasado. Nadie se preocupará por mantener un legado que no entiende. Es por tanto labor de quienes velan nuestro patrimonio artístico e histórico encontrar el modo de conectar con el público.